

Más allá del miedo

Por Bruna Guedes

Las lágrimas nublaron mi vista, impidiéndome ver lo que había bajo mis pies. Me pasé la mano por los ojos, intentando aclarar la mirada, y fue entonces cuando me di cuenta: estaba suspendida a varios metros del suelo. Maldita sea la hora de subirme a un teleférico, la única cosa que apareció frente a mí que me mantendría alejada de mis problemas.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, mi corazón se aceleró, mi boca se secó, y el aire se negaba a entrar en mis pulmones. Esa sensación era familiar; la había experimentado antes, una y otra vez. Era miedo, y lo reconocí al instante. Descubrí allí que la altura era mala para mí. Cerré los ojos, deseando escapar de la realidad que me elevaba por la ladera de la montaña. En lugar de nieve, imaginé que estaba en el columpio del patio de mi casa donde siempre me había sentido segura.

Cuando menos lo esperaba, llegué al final del trayecto del teleférico, sintiendo que el miedo había disminuido un poco. Para la vuelta a la base de la montaña, planeaba usar la misma táctica: imaginarme en otro lugar. Me acerqué al operador y le pedí que me llevara de regreso, pero me informó que la única forma de bajar era esquiando. Hoy tenía mi primera clase de esquí, y ahora no solo debía enfrentar mi miedo a las alturas, sino también aprender a deslizarme por la montaña por mi cuenta. En mi primer intento, me caí. En el segundo, tercero y cuarto, también. El final de la montaña parecía lejano, y a este ritmo me tomaría horas llegar. A mi alrededor, todo parecía tan sencillo para los demás.

Un hombre notó mi lucha con los esquís y se acercó para ofrecer su ayuda. Orgullosa, la rechacé. Entonces, me reveló que era instructor de esquí, lo que me hizo aceptar su ofrecimiento. Además de enseñarme los movimientos básicos, me extendió la mano para acompañarme en la

bajada. No podía ver su rostro bajo las gafas y el pasamontañas, pero había algo en su voz que me llamó la atención. Mientras descendíamos, comenzó a hacerme preguntas sobre mi vida, distrayéndome hábilmente del miedo que sentía al mirar la montaña desde arriba. Finalmente, llegué sana y salva al pie. Cuando se quitó el pasamontaña, descubrí que no solo su voz tenía algo especial; su rostro también me resultaba sorprendentemente atractivo.